

A cinco lustros de *Pragmatics of Human Communication*

FRANCO SIMONETTI B
CRISTIAN CORTES S.

Resumen

La publicación, 25 años atrás, de Pragmatics of Human Communication marcó un hito importante no sólo en el desarrollo de la psicología de la comunicación, sino también en áreas tales como la terapia familiar, epistemológica, sistémica, etc.

Sin embargo, en estos últimos años se han hecho muy pocos esfuerzos orientados a un análisis crítico de este trabajo. El presente artículo examina, básicamente, los planteamientos teóricos más significativos, sus orígenes e influencias. Por otro lado, incluye también opiniones críticas acerca de algunos conceptos y sus derivaciones.

Resumen

The publication, twenty five years ago of the book Pragmatics of Human Communication established a turning point, not only in the field of communication psychology, but also in other areas, such as family therapy, systemic epistemology and so on.

Nevertheless, in all these years, there have been very few efforts oriented to a critical analysis of this work. The present article examines basically the most significant theoretical statements, their origins, and influences in the field. Likewise the article include critical opinions about some concepts and its derivations.

La publicación, hace exactamente 25 años, de *Pragmatics*¹ marcó, al momento de su edición un hito en la literatura especializada, traspasando posteriormente dicha influencia, de las esferas propiamente comunicativas, a otras afines a la ciencias del comportamiento

Conceptos tales como "Enfoque Sistémico", "Terapia Familiar" y "Causalidad Circular", por citar sólo algunos, difícilmente podrían haber al-

canzado el *status* y preponderancia actual a no mediar la publicación de *Pragmatics* y su posterior diseminación al interior del campo de la comunicación interpersonal. A pesar de la profundidad de sus postulados y la influencia palpable que éstos han tenido en el plano teórico, práctico y epistemológico del quehacer comunicativo, resalta, sin embargo, la escasez de trabajos que presenten una (re)visión crítica del enfoque planteado, en especial de sus postulados más esenciales. Tal vez como consecuencia inevitable del cambio epistemológico introducido, quizá por la profusión de subteorías a que ha dado lugar, o simplemente debido a la utilidad práctica que ha sabido producir, lo cierto es que, a un cuarto de siglo de su publicación, creemos que *Pragmatics* merece un análisis en perspectiva que, conjunta e interactivamente, fusione dos planos: el que está incluido como tal en el texto (sus ambigüedades, contradicciones y precisiones), y aquel otro, ese "extraño texto implícito" que, para el caso de *Pragmatics*, no corresponde sino a la forma e intensidad con que su mentor, Gregory Bateson, hubo de influir y sellar la orientación futura del enfoque.

* Psicólogo, MA, Docente Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Dirección: Vicuña Mackenna 4860. Santiago-Chile.

** Psicólogo, Docente Departamento de Psicología, Universidad de Chile. Dirección: San Sebastián 2812, 6º Piso, Depto. 608.

¹ La edición original de *Pragmatics of Human Communication* apareció en 1967. La primera versión al castellano corresponde a la efectuada por la Editorial Tiempo Contemporáneo en 1971. Ahora desaparecida, dicha editorial cedió sus derechos a Ed. Herder, quien actualmente la publica, sin modificación alguna, bajo el título de «Teoría de la Comunicación Humana».

I

El título dado a la obra abre inmediatamente la discusión y lo hace en dos sentidos. El nombre original, tal como es usado aquí, es *Pragmatics of Human Communication*. El hecho que en castellano "Pragmatics" se haya traducido (o cambiado, para ser más precisos) por "Teoría" no tendría nada de particular si el término "pragmatics" no tuviera significación mayor en la obra. Pero un título, "aun cuando no sea la cosa nombrada", tampoco es puro azar, y menos aún en el texto que aquí nos preocupa. Parece haber correspondido a C. Sluzki, en su labor como supervisor técnico, el haber incluido dicho cambio. Al introducir la obra a los lectores de habla hispana, Sluzki advierte que la "nueva comunicación", que la obra dice representar, se centra no ya en el estudio de las condiciones ideales de la comunicación sino en el "estudio de la comunicación tal cual se da de hecho entre seres humanos"². Sea o no correcto haber llevado a cabo dicho cambio, y haya sido relevante o no haberlo hecho así para la edición castellana, es un problema por discutir. Lo cierto es que no tenemos antecedentes si la traducción fue un desliz o bien implicó una decisión teórica premeditada. El asunto, sin embargo, es que el tópico tampoco puede reducirse a un mero asunto de traducción. Implica, de hecho, notorios e intrincados problemas que influyen necesariamente los planteamientos que al respecto se formulen. Epistemológicamente hablando, "enfoque" y "teoría" denotan más que una diferencia terminológica. Weakland y Watzlawick (1977), en su recopilación de los trabajos emprendidos en el MRI durante más de una década, titulan su trabajo "enfoque interaccional", siendo significativa la elección de "enfoque" por sobre "teoría" para caracterizar la perspectiva desarrollada. Una teoría³ dentro de los cánones tradicionales de investigación, denota un conjunto de ideas e interrelaciones que son cuidadosa y rigurosamente puestas a prueba; plantear un "enfoque", en cambio, conlleva una pretensión más modesta que puede ser parafraseada como

"he aquí algunas ideas que parecen tener un cierto patrón y una determinada sistematicidad; sin embargo, mas allá de este punto, el territorio aparece inexplorado" (Wilder & Weakland, 1981).

II

Pragmatics se inicia con un intento por establecer un marco de referencia introduciendo ciertas nociones básicas (tales como función, redundancia, etc.) con miras a "postular la existencia de un código todavía no formalizado, un *calculus* de la comunicación humana, cuyas reglas se observan en la comunicación exitosa pero se violan cuando la comunicación está perturbada" (p. 15). Luego (cap. 2) se definen algunos de los axiomas de aquel cálculo hipotético, para avanzar posteriormente (cap. 3) al examen de las patologías potenciales que subyacen a dichos axiomas. Esta corresponde a la primera parte del texto y es, probablemente, la sección más paradigmática del mismo. Nos detendremos primariamente en ella, examinando posteriormente algunos aspectos que se le relacionan y que están incluidos en la parte segunda⁴.

III

Los conceptos incluidos como marco de referencia no son más que cuatro: función, información y retroalimentación, redundancia y metacomunicación.

La noción de "función" da pie para establecer una correspondencia con "relación"; a través de ella se quiere destacar una noción básicamente batesoniana (quizás una de las más profundas y a la vez más discutida): que en toda percepción hay un movimiento de cambio, movimiento y exploración. Dicho en otros términos, "la esencia de nuestras percepciones no son "cosas" sino funcio-

² *Pragmatics of Human Communication*. N. York: Norton, 1967, pag. 12. De ahora en adelante todas las citas corresponden a la edición original.

³ Diferencias aparte, no deja de extrañar el desliz cometido en la introducción de *Pragmatics*, cuando al presentar un resumen de los capítulos que lo integrarán se menciona, a propósito del capítulo 4, que allí se 'extiende la teoría de la comunicación (presentada en los capítulos precedentes) al nivel organizativo o estructural, basado en un modelo de las relaciones humanas como sistema' (p. 15, cursivas nuestras).

⁴ Esto de separar el texto en dos partes es un asunto arbitrario y no guarda relación alguna con una diferenciación real a nivel del texto. Creemos que es posible dividir la obra porque en los primeros tres capítulos ('Marco de Referencia', 'Algunos axiomas tentativos de la comunicación' y 'Comunicación Patológica') se establecen las bases epistemológicas y conceptuales, mientras que en los cinco restantes ('Organización de la Interacción Humana', 'Un Enfoque Interaccional de la obra ¿Quién le teme a Virginia Wolf?', 'Comunicación Paradójica', 'La Paradoja en Psicoterapia' y 'Epílogo') hay un énfasis por ejemplificar y derivar algunas consecuencias de los planteamientos básicos.

nes, y éstas no constituyen magnitudes aisladas sino signos que representan una conexión..., una infinidad de posiciones posibles de carácter similar” (Bateson, 1951a, p. 28).

Los conceptos de información y retroalimentación provienen del área de la Cibernética y Teoría General de Sistemas. Tal como se los emplea en *Pragmatics*, a través de ambos conceptos se quiere resaltar el hecho que la información que sale de un sistema (comunicativo, por ejemplo) puede reincorporarse al sistema nuevamente. La capacidad que tiene un sistema para operar tanto con retroalimentación positiva como negativa indica que los sistemas interpersonales pueden entenderse como circuitos de retroalimentación en que la conducta de cada persona afecta la de cada una de las otras y es, a su vez, afectada por éstas.

Tomada también de la literatura sobre cibernética y sistemas, la noción de redundancia apela a que, el ser humano, considerado como un sistema homeostático, tiene la capacidad para acumular adaptaciones previas para su uso futuro. De allí que le sea posible que ciertos agrupamientos de configuraciones se vuelvan repetitivos y, por ende, más probables que otros. Cuando hay configuraciones estables hay significación, máxima epistemológica esencial para cualquier enfoque que privilegie el carácter interactivo de la comunicación humana.

Al momento de la publicación, los conceptos precedentes provocaron un indisimulado revuelo, especialmente en el ámbito comunicativo, donde la tradición proseguía preferentemente una orientación más afín a la línea de corte aristotélico (López, Parada & Simonetti, 1991). Claramente *Pragmatics* marcó un hito respecto de la aplicación de los conceptos de la Cibernética y Teoría de Sistemas al campo comunicativo, generando, desde entonces, una enorme discusión en torno a la utilidad y relevancia práctica de los mismos. De toda esa refriega, creemos importante destacar un aspecto, tal vez el más interpelado en términos de la nueva epistemología: el problema de la causalidad. Dicho simplemente, lo que se propone en *Pragmatics* es determinar de qué manera y bajo qué conceptos teóricos es posible superar la noción de causalidad lineal y reemplazarla (o complementarla) por una de tipo circular. El concepto clave corresponde a la noción de retroalimentación, término que se emplea, precisamente, para oponerle a la causalidad lineal, unidireccional y progresiva del tipo “causa-efecto”. Para *Pragmatics*, la herencia por parte de las ciencias exactas de las relaciones lineales no hace sino excluir una vasta gama de fenómenos, en especial aquellos que el enfoque pretende rescatar a nivel de la interacción.

Es en este sentido que “los sistemas interpersonales... pueden entenderse como circuitos de retroalimentación, ya que la conducta de cada persona afecta la de cada una de las otras y es, a su vez, afectada por éstas” (p. 30). Una cadena donde “el hecho A afecta el hecho B, y B afecta luego a C, etc., tendría las propiedades de un sistema lineal determinista” (p. 30). Pero si C conduce nuevamente a A, el sistema se convierte en circular, es cibernético. Exhibe, para repetirlo nuevamente, una conducta similar a la de aquellos fenómenos que se resisten al análisis “en términos de un determinismo lineal estricto” (p. 30).

Con todo lo anterior podría suponerse que los esfuerzos de Watzlawick *et al.* se concentraran en superar el enfoque causal lineal para conceptualizar los procesos comunicacionales. Sin embargo, pese a la abierta declaración de intenciones, sorprende el encontrarse a lo largo del texto con algunas afirmaciones más afines al tipo de explicación que se desea prevenir. Por ejemplo, cuando se examina el axioma exploratorio referido a la “puntuación de la secuencia de hechos” se invoca explícitamente una explicación causal: “la falta de acuerdo con respecto a la manera de puntuar la secuencia de hechos es la causa de incontables conflictos en las relaciones”⁵ (p. 58). Este comentario resulta doblemente sorprendente ya que dicho axioma pretende alertar precisamente sobre el peligro que entraña atribuir causalidad lineal a las interacciones. De esta manera, a pesar que la aproximación teórica pretenda ser epistemológicamente discontinua respecto de la tradición comunicacional de corte aristotélico, lo cierto es que un análisis detallado revela que no siempre dicho predicamento hubo de preservarse⁶.

Al margen de las inconsistencias que es posible encontrar, resulta indudable el profundo impacto que los planteamientos de *Pragmatics* tuvieron, directa o indirectamente, en toda la literatura sobre los sistemas comunicacionales. Y más allá de las reformulaciones acaecidas, los remezones sufridos, y sobre todo la profusión de definiciones, conceptos y “metaconceptos” encontrados por aquí y por allá, creemos posible, y más que nada necesario, delimitar, en esta convulsionada área, al menos en términos globales, el legado actual de

⁵ La expresión está tomada literalmente de la versión española. Si bien en el original no se habla de ‘causa’ sino de ‘raíz’, el sentido final de la expresión es análoga en ambos textos.

⁶ Si se amplía el análisis a trabajos posteriores a *Pragmatics* se observa que éstos también presentan un rasgo semejante (por ej., *Cambio* de Watzlawick, Weakland y Fish, 1974).

Pragmatics. La pregunta, por tanto, es: de toda la literatura sistémica (por ponerle algún nombre), ¿qué seguiría siendo esencial al enfoque presentado por Watzlawick *et al.*? Pensamos que la descripción y explicación sistémica propuesta originalmente en *Pragmatics*, y a la cual han querido mantenerse fieles sus seguidores más ortodoxos, se apega, fundamentalmente, a los siguientes postulados: a) principio de la no sumatividad, el cual se traduce en que el todo es más que la suma de sus partes y la complejidad se incrementa de manera exponencial más que aditiva; b) principio de la no aislabilidad, que apela a que las variables o individuos no pueden ser comprendidos fuera del contexto; c) principio de la redundancia; los esfuerzos deben dirigirse hacia el descubrimiento de formas, patrones, y reglas interaccionales, los cuales se identifican mediante la observación de redundancias en las secuencias conductuales; d) principio de la información, donde la descripción se basa en la metáfora de la “información” más que en la metáfora de la “energía”; e) principio de la reflexividad; recursión, autorreflexividad y ciertas formas de retroalimentación constituyen términos epistemológicos esenciales a cualquier descripción de un sistema interaccional, los cuales conducen, directa o indirectamente, al fenómeno de la paradoja, que si bien no es un concepto exclusivo de los sistemas generales, sí lo es inherente a los de naturaleza interaccional⁷.

IV

La sección más divulgada de la primera parte (y, en muchos casos, la única) corresponde a aquella originalmente denominada “algunos axiomas tentativos de la comunicación”. Desde una perspectiva más global, quisiéramos hacer notar, primeramente, dos comentarios generales a los mismos.

En primer lugar, cabe señalar la denominación que se emplea y preguntarse si es posible fusionar el adjetivo “tentativo” con el término “axioma”. ¿No hay allí una contradicción flagrante a la base?

⁷ No hay que confundir en este punto la difundida interpretación que sostiene que el Enfoque Interaccional de la Comunicación fue el primero en hablar de ‘paradoja pragmática’. Si bien fueron los primeros en sistematizarla (cambiándole a *Pragmatics* una manifiesta responsabilidad en ello), no es menos cierto que el mismo Watzlawick, no sólo en el texto que aquí comentamos sino también en *Cambio y ¿Cuán real es la realidad?*, reconoce claramente haber sido Wittgenstein el primero en especular acerca de los efectos pragmáticos de la paradoja.

Normalmente el término axioma refiere a “una verdad que no necesita ser demostrada”; aplicando dicha definición simplemente a lo entrecomillado nos encontramos con una “verdad tentativa”(¡!). Ahora bien, si se apela a lo que se predica de dichos axiomas en cuanto a ser una búsqueda del cálculo que subyace a la “comunicación”, tenemos nuevamente una contradicción de términos. Tal como nos enseña la lógica más elemental, en toda contradicción los términos en cuestión no pueden ser ambos verdaderos (ni ambos falsos); por tanto, optamos por disolverla sosteniendo que el término falso es el encabezado (“verdad”) y el adecuado su referencia (“tentativo”).

En segundo término, una característica conjunta de los axiomas, (re)conocido sólo por algunos, es la irregular y a la vez profunda infiltración que a través de ellos tiene el pensamiento batesoniano. Irregular, porque sólo en forma esporádica hay referencias explícitas a su influencia; profunda, porque al decir de Wilder y Weakland, (1981) fue *Pragmatics* el verdadero divulgador del pensamiento batesoniano, y más precisamente dentro de éste fueron los axiomas (o la búsqueda del “cálculo” que tras ellos se esconde, agregaríamos nosotros) los que hicieron definitivamente conocido el origen y los fundamentos del pensamiento batesoniano, en especial sus formulaciones de tipo antropológico y comunicacional (Lipset, 1980).

V

El principio de la inevitabilidad de la comunicación —comenzamos así en el mismo orden de la presentación original de los axiomas— constituye si no el más comprendido al menos el más divulgado.

Probablemente una de las concepciones menos cuestionadas por el sentido común (así como por algunas tradiciones académicas), respecto de la comunicación humana, sea aquella que asegura la existencia de la incomunicación. La falta de comunicación, o la interrupción de ésta, constituye una noción recurrente en muchas obras especializadas y profanas. El enfoque planteado por *Pragmatics*, por su parte, sostiene que dicha visión carece de sentido, ya que en toda situación de interacción toda conducta tiene valor comunicativo.

Las bases para cuestionar tal visión se derivan de una serie de precisiones respecto de las unidades de análisis más primitivas. Así, cualquier unidad comunicacional se denomina “mensaje” o “una comunicación”. Un conjunto de mensajes intercambiados se denomina “interacción” y, en un

nivel de mayor complejidad, se habla de pautas de interacción". ¿Qué es, entonces, comunicación? Muy simple: "toda conducta" (p. 50), es decir, "un conjunto fluido y multifacético de muchos modos de conducta -verbal, tonal, postural, contextual, etc.-" (p. 50). Aparte de su valor intuitivo, esta concepción implica un gran cambio respecto de aquellos enfoques que se habían limitado a restringir el fenómeno de la comunicación a hablar, o a situaciones en que un "emisor" logra que un "receptor" ejecute una acción predeterminada. Igualmente importante también es el corolario de dicha conceptualización respecto de que toda comunicación, entendida en los términos descritos precedentemente, implica un compromiso cuyo rasgo más sobresaliente es señalar a los comunicantes que, inexorablemente, la intención de comunicar, un postulado implícito pero decisivo de la tradición comunicacional aristotélica, no constituye en absoluto una condición sine qua non para comunicarse. Claramente el principio de la inevitabilidad abrió un gran espectro de posibilidades para una re-lectura del comportamiento humano y sus eventuales consecuencias, en especial las de naturaleza práctica.

Pese a las innumerables ventajas que ha traído conceptualizar de esta manera la comunicación, también ha hecho presentes algunos problemas; entre éstos quisiéramos destacar aquí, tanto una falencia como una divergencia. La primera apunta a un problema de definición y la divergencia trata con un distanciamiento entre el pensamiento de *Pragmatics* y la postura batesoniana.

El axioma en cuestión descansa en una particular forma de definir comunicación ("toda conducta es comunicación"; (p. 50). Como se puede apreciar, en la definición se incluye "todo", lo cual se contradice en cierta manera con el principio en virtud del cual descansa toda definición: que al definir algo, se le acota, se lo distingue de su entorno. Pero en este caso, ocurre lo contrario. Tal como sostiene Berlo (en Cortés, 1992), en la definición de comunicación dada en *Pragmatics* parece olvidarse que "el propósito de una definición es delimitar". Por tanto, la definición en cuestión resulta tan amplia, que evidentemente se corre el riesgo de no distinguir el fenómeno, y por tanto, hacerlo inobservable. Tal es, en cierta medida, el riesgo que enfrenta la equivalencia conducta = comunicación. No hace sino acrecentar ciertas falencias asociadas al propio concepto de "conducta", donde, por ejemplo, dos conductas "extremas", un desmayo y un parpadeo, son tratadas como mensajes a priori, sin más distingo ni matiz, en virtud justamente de lo prescrito por la definición.

Un segundo problema asociado a la equivalencia conducta = comunicación nos lleva directamente a preguntarnos por las consecuencias que se han derivado producto de tal reducción, y cómo éstas, de hecho, hubieron de distanciar finalmente a los integrantes originales del equipo de Bateson. Mirado en retrospectiva, el principio comunicación = conducta establecido en *Pragmatics* hubo de proyectarse en dos direcciones, cada una con profundas consecuencias epistemológicas. El problema es complejo y una muestra de ello lo tenemos en los últimos escritos de Bateson (1972, 1979). Podemos resumir la cuestión, sin embargo, a partir del siguiente contraste. Claramente el pensamiento de Bateson evolucionó de una orientación antropológica, alimentada principalmente con datos provenientes de observaciones empíricas y directas, hacia un idealismo filosófico altamente especulativo donde las ejemplificaciones concretas hubieron de invocarse primariamente para demostrar algún determinado tópico de naturaleza epistemológica. En cambio, el enfoque interaccional, especialmente su vertiente *Pragmatics*-MRI, se fue confinando cada vez más hacia los problemas humanos prácticos con un claro planteamiento teórico al servicio de acciones específicas. De esta manera, mientras la pregunta de Bateson llegó a ser algo así como ¿cuál es el marco de referencia más grande que yo puedo estructurar para insertar mi pensamiento acerca del pensamiento?, la pregunta interaccional ha llegado a ser algo así como ¿cuál es la intervención más pequeña posible que puede diseñarse para alterar este sistema interaccional?⁸

VI

Es curioso que el segundo axioma, sobre los niveles contrastantes de abstracción sea uno de los "axiomas" más conocidos y a la vez el peor comprendido. Cuando decimos el más conocido, nos estamos refiriendo a todos aquellos términos y expresiones, de uso corriente, incluso en círculos no especializados, que de una u otra forma lo aluden, a saber, "metamensaje", "doble mensaje" "niveles contradictorios", etc. Cuando decimos que es un aspecto mal comprendido, queremos destacar dos cosas: por un lado, el entendimiento in-

⁸ Este contraste es para algunos una muestra más de la bifurcación definitiva que tomarían las posiciones de Bateson y las defendidas por el equipo del MRI a fines de la década del 60. El primero privilegiando una posición cada vez más holista, los segundos cada vez más reduccionista.

completo que hay de la formulación y, por otro, el carácter ambiguo que poseen los conceptos que supuestamente refieren a dicho principio.

Probablemente muchos de quienes han tenido algún contacto con los planteamientos del enfoque interaccional saben que el principio de los niveles de la comunicación, tal como es descrito en *Pragmatics*, se deriva, salvo pequeñas modificaciones terminológicas, de la formulación que al respecto hiciera Bateson a comienzos de la década del 50. Sin embargo, en vez de "probablemente" la palabra exacta debiera ser "aparentemente", porque en realidad la herencia no es tal. Concretamente, hay dos problemas asociados: por una parte, hay una interpretación parcial del postulado batesoniano y, por otra, una simplificación del mismo. Para comprender ambas deficiencias, es necesario, primeramente, examinar los orígenes y características de la formulación batesoniana. Sólo entonces es posible vislumbrar ambos problemas y, en especial, sus equivocadas derivaciones.

Bateson menciona por vez primera el concepto de "metacomunicación" casi al finalizar su artículo *Las convenciones de la comunicación: cuando la validez depende de las creencias* (Bateson, 1951a). Allí la define como "todas las claves implícitas y explícitas que se intercambian respecto de la relación y del proceso de codificación" (p. 123). Se define el término y se entregan algunas consideraciones en torno a sus posibles implicancias para el proceso de comunicación, todas, en aquel entonces, muy crípticas y poco desarrolladas. Una elaboración más sistemática se encuentra en *Una teoría del juego y la fantasía* (Bateson, 1952) escrito un año después. En síntesis, la formulación batesoniana sostiene que la comunicación humana siempre opera en niveles contrastantes de abstracción⁹, lo cual significa que: a) en todo mensaje comunicativo es posible distinguir, a partir del simple nivel denotativo, diferentes niveles; donde b) cada uno se "contrapone" al inmediatamente superior —en términos de la determinación del sentido—, y c) todos esos niveles

contrapuestos constituyen meras abstracciones, de manera tal que el único mensaje "real"—a partir del cual se conforman los restantes— es el que recibe la denominación de "denotativo".

Siguiendo con el argumento batesoniano es posible describir entonces, a partir del simple nivel denotativo (por ej. "Si llueve nos veremos mañana")¹⁰, un segundo nivel que se proyecta, a su vez, en dos direcciones: por un lado el conjunto que incluye los mensajes donde el tema del discurso es el lenguaje, nivel comúnmente denominado "metalingüístico" (por ej. "La palabra 'llueve' no moja")¹¹, y por otra, el conjunto de mensajes, de análogo nivel de abstracción, que incluye los mensajes explícitos e implícitos acerca de la relación establecida entre los comunicantes, nivel usualmente denominado metacomunicativo ("Fue cariñoso de su parte decirme que nos vieramos mañana"; "Estamos bromeando"). A partir de este nivel de mensajes relacionales es posible distinguir, además, un nivel superior que incluye todos aquellos mensajes que guardan relación con la interpretación de los mensajes metacomunicativos. (Por ej., "El hecho de que siempre me estás bromeando es señal de que no me consideras en serio"; "Decirme cariñosamente que quiere verme mañana es signo de que algún interés tiene en mí".)

Transcurrieron casi diez años en que la conceptualización precedente recibió aportes, precisiones y proyecciones sólo a partir de los propios escritos batesonianos (Bateson, 1972, parte III). Esta constante fue rota en la década del 60 por J. Haley (1963), quien ya separado del equipo original publicó *Estrategias de Psicoterapia*. El texto en cuestión se inicia con el capítulo *Los síntomas y las relaciones humanas*, el cual, para los fines que aquí nos preocupan, no hace sino traducir lo sostenido por Bateson en *Comunicación: la matriz social de la psiquiatría* y *Una teoría del juego y la Fantasía*. Al margen del valor intrínseco de tal

¹⁰ Para ser más precisos, el nivel denotativo vendría a ser una suerte de segundo nivel, pues el dominio del lenguaje es ya un "mapa" cuyo "territorio" parecieran ser las cosas mismas.

¹¹ Naturalmente que la jerarquía de niveles podría proseguir. Respecto al origen de esta conceptualización, algunos teóricos comunicacionales sostienen que una posible influencia puede encontrarse en las palabras finales de la Introducción al *Tractatus* hecha por Russell. Señala el filósofo inglés: "...Estas dificultades me sugieren la siguiente posibilidad: que todo lenguaje tiene, como Wittgenstein dice, una estructura de la cual nada puede decirse en el lenguaje, pero que puede haber otro lenguaje que trate de la estructura del primer lenguaje y que tenga una nueva estructura y que esta jerarquía de lenguaje no tenga límites".

⁹ Entre los conceptos más férreamente defendidos por Bateson destaca, sin duda, el concepto de 'tipo lógico' tomado directamente de los *Principia* de Russell y Whitehead. Su empleo, sin embargo, difiere del propósito original que tuvieron ambos filósofos británicos para postularlo, ya que para Bateson el concepto denota un uso más metafórico que lógico. Si bien al final de su vida admitió un flexibilización del mismo (Bateson, 1979), ello no obsta para destacar la amplitud con que manejó el término, aplicándolo a dominios tales como el aprendizaje, el proceso mental y, desde luego, a la comunicación humana y sus múltiples facetas (Bateson, 1972).

“traducción”, lo que nos importa es que allí Haley se mantiene fiel a la traducción que nos interesa. Al describir los calificadores de la comunicación, es decir, al preguntarse por las formas que los seres humanos tienen para metacomunicar, menciona los cuatro modos clásicos: a) inflexión de la voz, b) los gestos, c) el contexto, y d) los mensajes lingüísticos. Fíjese, por el momento, en el modo d). ¿Le resulta extraño? Si su respuesta es positiva, entonces usted es uno de los que posee una conceptualización heredada básicamente de lo planteado en *Pragmatics*. Si su respuesta es negativa, pero al mismo tiempo se pregunta cómo es que el modo d) puede ser metacomunicativo cuando sólo lo analógico cumple dicha labor, entonces usted nuevamente posee una conceptualización particular; ¿heredada de *Pragmatics*?, sí. ¿Equivocada?, también.

Lo que sucede es que en su definición Bateson incluye abiertamente el papel metacomunicativo de los mensajes lingüísticos (para seguir con la expresión de Haley). Cuando habla de las claves, éstas también involucran a “aquellas referidas al proceso de codificación”. Esto significa que las palabras, muchas veces de manera tenue y sutil, también conllevan información sobre la relación establecida entre los comunicantes. Bateson advierte incluso que siempre es posible encontrar un tipo de mensaje que puede ser parafraseado como “el hecho de decirte esta palabra obedece a que ella es la que refleja más cercanamente la naturaleza de la relación que estamos teniendo”. Por esta razón, el planteamiento de *Pragmatics* es abiertamente parcial. Insiste solamente en los tres primeros modos y prescinde, al menos explícitamente, del último. La consecuencia práctica más relevante de esta omisión se visualiza más claramente a la hora de describir los modos digital y analógico de comunicación, y corresponde, de hecho, al problema asociado a la segunda pregunta (“¿cómo es que los mensajes lingüísticos pueden ser metacomunicativos, cuando sólo lo analógico cumple dicha labor?”). Este último problema será analizado en el siguiente apartado.

En torno a este mismo axioma, quisiéramos, por último, hacer notar un problema terminológico asociado al concepto de “metacomunicación” que posee diversas consecuencias prácticas. El axioma, tal como es reseñado en *Pragmatics*, dice que “toda comunicación tiene un aspecto de contenido y un aspecto relacional tales que el segundo clasifica al primero y es, por ende, una metacomunicación” (p. 54). El principio básico es que toda comunicación implica un compromiso y, por tanto, define la relación entre los comunicantes. La comunicación no sólo transmite información sino

que, simultáneamente, impone conductas. A estas dos funciones *Pragmatics* las denomina los “aspectos de reporte (report) y de comando (command), respectivamente, de toda comunicación” (p. 52). Rápidamente esto trae como consecuencia que así como no es posible no comunicarse, tampoco debiera ser posible comunicarse con sólo una de estas dos modalidades.

El nivel de contenido corresponde a lo que tradicionalmente se ha llamado “comunicación”, y el nivel de reporte equivale a una especie de comentario acerca de la interacción, es decir, acerca de la comunicación; indica, de hecho, cómo debe entenderse dicha comunicación. Por lo tanto, corresponde a una “metacomunicación”. En este sentido, lo “relacional” y lo “metacomunicativo” serían, de acuerdo a *Pragmatics*, sinónimos. Sin embargo, en otra sección del texto se afirma que “cuando dejamos de utilizar la comunicación para comunicarnos (sic), y la usamos para comunicar algo acerca de la comunicación..., utilizamos conceptualizaciones que no son parte de la comunicación, sino que se refieren a ella. Siguiendo la analogía con las matemáticas, hablamos aquí de metacomunicación” (p. 40). De esta manera, estamos frente a una definición doble del fenómeno: como componente relacional y como referencia a la comunicación. Y las dificultades que se derivan de esta terminología son interesantes.

En primer lugar, el axioma revela que toda comunicación posee un nivel relacional. Por tanto, resultaría imposible no metacomunicar (*i.e.* no definir la relación). Pero se afirma que “somos casi por completo incapaces de comunicarnos acerca de la comunicación” (p. 37). Más aún, “la capacidad de metacomunicarse en forma adecuada constituye... la condición sine qua non de la comunicación exitosa” (p. 53). ¿Qué ocurre entonces con la comunicación ineficaz? Tomando como ejemplo una disputa de pareja, la respuesta parece ser bastante obvia: “a partir de este momento, su disputa silenciosa puede durar eternamente, a menos que se decidan a investigar qué sucedió con sus comunicaciones, esto es, a menos que comiencen a metacomunicarse”. Puede concluirse entonces que no metacomunicarse es imposible; sin embargo, ello ocurre. ¿Dónde está el error? Estimamos que nuevamente hay un problema de términos, derivado de una delimitación precaria del término. La referencia a cómo se da la comunicación entre los interactuantes, el referirse explícitamente al fenómeno de la comunicación y la definición de una relación, constituyen tres fenómenos de distinto orden. Creemos que la distinción batesoniana descrita anteriormente ofrece una posibilidad de clarificar la confusión. Lo que se denomina “meta-

comunicación" en *Pragmatics* corresponde a lo menos a tres dimensiones de la comunicación. Atañe, en primer lugar, a un nivel denotativo cuyo referente es la comunicación (por ej. este artículo sobre comunicación). En segundo lugar, es una forma denotativa acerca de la relación entre los comunicantes (por ej. "estoy enojado contigo" o "qué buena es nuestra relación"), y por último, corresponde a un modo connotativo implícito acerca de la relación que se da a través de cada conducta específica y de los diferentes patrones de comportamiento.

VII

El axioma tentativo sobre las formas de comunicación se refiere a los dos modos de comunicación posibles: analógico y digital. De amplio uso en el mundo académico, esta distinción deriva también de los escritos batesonianos. Bateson hereda, a su vez, la distinción analógico-digital de la tradición cibernética inaugurada por Wiener (1948) a mediados de la década del 40. En un temprano artículo, *Información y Codificación: un enfoque filosófico*, Bateson (1951b) indaga las posibilidades de aplicación que tienen ambos conceptos, esforzándose por encontrar un paralelo de los mismos en el campo de la comunicación. *Pragmatics*, por su parte, recibe el planteamiento batesoniano y lo trata más o menos en forma ortodoxa, en especial lo relativo a la diferenciación de uno y otro en términos del grado de arbitrariedad o semejanza entre el signo y su referente (hablamos de "semiortodoxia" porque se sigue a Bateson sólo en lo digital). En este sentido no podemos dejar de señalar, primeramente, que estamos frente a una concepción bastante simplista del fenómeno del lenguaje. Cuando la distinción entre digital y analógico se efectúa en virtud de su similitud "a la cosa", se está recurriendo a la concepción de que los significantes representan cosas. De este modo, es posible sostener que a veces los significantes se parecen a la "cosa" y a veces no, todo lo cual nos remite indefectiblemente a una "cosificación" de los significados (o al menos del denotatum). Se da por supuesta la referencia de todo significativo a un algo observable. Quedan fuera, por tanto, todas aquellas expresiones que no poseen referentes "concretos".

Sin embargo, donde el asunto se complica es al momento de responder la pregunta ¿qué es la comunicación analógica?, ya que Watzlawick *et al.* señalan textualmente que "la respuesta es bastante simple: virtualmente todo lo que sea comunicación no verbal" (p. 62). En primer lugar, el adver-

bio "virtualmente" ha inducido a numerosos lectores a ver aquí un sinónimo y lo no verbal. Sin embargo, si entendemos por no verbal lo "no hablado" o algo similar, resulta obvio que hay bastantes ejemplos de comunicación analógica-verbal, de la misma manera que los hay de digital, que puede ser no verbal¹².

Al problema anterior se agrega además el hecho que en un intento por interrelacionar dos axiomas, Watzlawick *et al.* sostengan que "el aspecto relativo al contenido se transmite en forma digital, mientras que el aspecto relativo a la relación es de naturaleza predominantemente analógica" (p. 64). La manera de vincular estos dos axiomas genera una profunda confusión, ya que si el contenido es digital, no sería posible referirse verbalmente a la relación (metacomunicar), puesto que lo relacional es analógico. Con esto quedaría en interdicción una de las alternativas de comunicación acerca de la comunicación propuestas con anterioridad.

VIII

Para Watzlawick *et al.*, una de las formas de superar los trastornos de la comunicación, propios de la puntuación de la secuencia de hechos, consiste en que los comunicantes "comiencen a metacomunicarse" (pág. 93). Para ellos, la comunicación patológica sólo puede modificarse cuando los participantes están "en condiciones de metacomunicarse" (p. 94). Nos encontramos, entonces, con situaciones en que habría una ausencia de metacomunicación, lo cual contradice abiertamente el axioma que considera a la metacomunicación como un elemento consustancial a la comunicación, dado que es imposible no comunicarse ni tampoco es posible no comunicar. Tal como se señaló anteriormente, el problema radica en una imprecisión del término, en especial la amplitud con que se define a la metacomunicación. Si comunicar acerca de la comunicación es metacomunicar, es posible considerar el "hablar acerca de la comunicación" como sinónimo de metacomunica-

¹² Aunque no directamente relacionado con el tópico, no deja de llamar la atención el hecho que en *Pragmatics* se sostenga una opinión abiertamente discordante con Bateson a propósito de los orígenes de ambos modos de comunicación. Mientras en *Pragmatics* se sostiene que la 'comunicación analógica tiene sus raíces en períodos mucho más arcaicos de la evolución, y, por lo tanto, encierra una validez mucho más general que el modo digital de la comunicación verbal', Bateson advierte sobre la tentación (equivocada, según él) de creer que lo analógico es más característico de las etapas tempranas en la evolución de la comunicación (Bateson, 1972).

ción, del mismo modo que no conversar sobre tema significaría una carencia metacomunicativa. Pero como ya se indicó, esto no es así. Hablar acerca de la comunicación es una acción metalingüística (una denotación acerca de otra denotación u otra connotación), y, como tal, es tan sólo un tipo de metacomunicación, en el sentido descrito en VI.

IX

El último axioma, aquel que establece que las interacciones pueden ser simétricas o complementarias, proviene, tal como *Pragmatics* lo reconoce explícitamente, de los estudios desarrollados originalmente por Bateson en torno al concepto de esquismogénesis.

A diferencia de los cuatro principios anteriores, creemos que este axioma adolece de un problema intrínseco a su formulación: su dificultad para ser operacionalizado. Si se revisa la descripción hecha en *Pragmatics*, resalta la simpleza con que es definido y la brevedad con que es tratado. Se especifica que las interacciones pueden ser simétricas o complementarias, y que la manifestación de una u otra está en función de si las relaciones se basan en la igualdad o diferencia (Watzlawick, Beavin y Jackson, 1967). Descriptivamente se tienen, pues, tres situaciones: a) una relación simétrica; b) una relación complementaria (donde uno cumple el papel de "superior" y el otro de "inferior"), y c) una relación "anómala" (metacomplementaria y pseudosimétrica dice *Pragmatics*) en la cual un interactuante obliga al otro a ser "superior" o exige al otro para que la relación sea simétrica. Esta es toda la descripción y hasta allí llegan las definiciones.

¿Qué significa que las interacciones tengan que ser siempre de dos tipos (excluyentes, por supuesto)? Esas dos categorías básicas, ¿entregan elementos de análisis suficientes como para permitir un acercamiento más estrecho al fenómeno de la comunicación? ¿Permiten, en definitiva, tener un conocimiento más adecuado de las interacciones y del cálculo que les subyace? No descartamos el valor que posee el axioma como principio explicativo de numerosas situaciones interaccionales, ni tampoco desestimamos su valor descriptivo a la hora de analizar interacciones específicas y delimitadas en el tiempo. Sin embargo, ¿qué significa una relación basada en la igualdad (o diferencia)? Haley (1958) nos ofrece una descripción de ambas; la relativa a la "diferencia" es ésta: "una posición superior significa que la persona inicia una acción y el otro sigue esa acción; el primero critica y el segundo lo acepta, el primero ofrece un conse-

jo y el segundo lo recibe, etc. En tal relación las dos personas tienden a complementarse uno con otro" (p. 44). Pero ¿qué significa conductualmente que un interactuante critique y el otro acepte? ¿La delimitación del papel pasa por los contenidos del mensaje? ¿La posición de "inferior" es porque quien la desempeña la experimenta así?

Difícil respuesta para todas y cada una de las preguntas. No es casualidad tampoco que este axioma haya generado el mayor número de investigaciones empíricas con miras a descifrar, precisamente, los ingredientes básicos de una interacción simétrica (o complementaria). Pareciera que el valor intuitivo de otros principios flaqueara en este caso; pareciera que la aplicabilidad del principio no se corresponde con la generalidad de su descripción. Tomemos dos estudios. Rogers (1981) da cuenta del desarrollo teórico del concepto y, de manera especial, hace un recuento de los métodos e instrumentos desarrollados para medirlo. Leone y Sieburg (1981), por su parte, siguen un camino semejante y derivan, además, las consecuencias que tiene para la definición de la relación (complementaria o simétrica) el proceso de confirmación y desconfirmación. Ambos trabajos son, de hecho, un buen ejemplo de los intentos por encontrar "indicadores conductuales" que fundamenten uno u otro tipo de interacción. Por un lado, algo del problema se resuelve, pero, por otro, sigue latente. Aunque estos esfuerzos han ayudado a delimitar ciertas unidades conductuales primarias que serían reflejo a nivel "atómico" de la existencia una interacción simétrica y complementaria, a nivel de patrones de interacción tales unidades se diluyen, y si no lo hacen, tenemos que la interacción adquiere tal nivel de complejidad que distinguir siquiera si una interacción es simétrica o complementaria sobre la base de los átomos prescritos, resulta tarea prácticamente imposible. Lo que sucede, a nuestro entender, es que hay una disociación muy grande entre la descripción del axioma —amplio y muy general— y las supuestas "unidades de conducta" que lo conforman, separación que se hace más crítica aun cuando la longitud en el tiempo de los patrones de interacción se acrecienta. Por ello creemos que, tal como está planteado el axioma, pierde relevancia como principio de comunicación humana. Distinto es que algunas interacciones delimitadas puedan ser caracterizadas como simétricas o complementarias. Que la complementariedad sea un recurso muy empleado como medio para metacomunicar denotativamente (zanjar una discusión reafirmando quién es el que manda) y que la escalada simétrica sea parte integrante de ciertos patrones de interacción asociados a determinadas puntuaciones nos parecen hechos

indesmentibles. Pero de allí a decir –binariamente– que toda interacción se basa, necesariamente, en la igualdad o diferencia, es, a fin de cuentas, un marco vacío que poco entrega a un mejor entendimiento del cálculo comunicativo.

X

Hemos de referirnos ahora a un problema implicado en la socorrida expresión “doble mensaje” y/o equivalentes. Pese a que aparentemente hubiese sido más oportuno hacerlo en la sección sobre los niveles contrastantes de abstracción, hemos optado por incluirlo aquí por la asociación que tiene, más de hecho que formal, con el capítulo 3 sobre las “patologías de la comunicación”. El problema parece derivarse nuevamente de otra confusión, no tanto del planteamiento descrito en *Pragmatics*, sino más bien en las consecuencias del mismo. En efecto, quien pretende sintetizar tras dicha rotulación una determinada cualidad de un mensaje, no está errado sino que en realidad desea referir algo distinto. Hablar, en comunicación pragmática, de “dos” mensajes no tiene nada que ver con lo que supuestamente se quiere connotar al susurrar el término “doble mensaje”; los humanos no sólo operamos con dos mensajes sino que con esos y mucho más (que “esos más” pierdan utilidad práctica es asunto diferente). La equívocación está en calificar sin más como “doble mensaje”, sin reparar en que el referente del término aludido apunta a la concurrencia de dos mensajes contradictorios y no precisamente a la existencia de dos mensajes a la manera de dos niveles. Lo que sucede es que una de las consecuencias más importantes de operar al menos con dos niveles es que éstos sí pueden, potencialmente, llegar a ser incongruentes. Esto significa, desde un punto de vista interaccional, que al ser incongruente, el mensaje, como un todo, adquiere, inmediatamente el *status* de mensaje paradójico, ya que los dos niveles que lo conforman se califican de manera inconsistente. Nótese además que aquí no se habla de mensaje contradictorio, pues para serlo la incongruencia tendría que darse a un sólo nivel, y ese no es, justamente, el caso que aquí relatamos. Por lo tanto, más que hablar de “doble mensaje” (y sus equivalentes) habría que buscar un sustituto en una expresión como “mensaje incongruente” o algo semejante.

XI

El capítulo 5 ofrece ejemplos del material relativo a los conceptos sistémicos ya descritos me-

dante una aplicación a las interacciones que se generan en la obra de teatro ¿Quién le teme a Virginia Wolf? Teniendo en cuenta el carácter meramente ilustrativo del capítulo, lo obviamos, no sin antes reconocer, por una parte, el serio desafío que implica emprender una empresa de esta naturaleza y, por otra, las serias dificultades comunicativas que entraña transcribir interacciones verbales y, sobre todo, las de carácter no verbal.

XII

Los dos últimos capítulos de *Pragmatics* pueden ser examinados en forma conjunta debido al estrecho lazo que los une. En efecto, el capítulo 6 trata sobre la paradoja pragmática y el siguiente sobre sus posibles derivaciones al campo de la psicoterapia. Respecto de ambos creemos que su valor descansa en haber sido el primer escrito en insinuar a cabalidad las posibilidades y alcances de la paradoja pragmática al interior de los sistemas comunicacionales.

Cuando se publicó *Pragmatics*, la literatura sobre el tema era escasa y desconocida. Los únicos antecedentes al respecto eran los textos ya citados de Bateson (1951) y Haley (1963) y *Hacia una Teoría de la Esquizofrenia* (1956) escrito por G. Bateson y su equipo. Lo que hace *Pragmatics* es pues, fundar, por vez primera, las bases de lo que se entenderá como paradoja pragmática y sus posibles derivaciones, tanto teóricas como prácticas. Por aquel entonces, el único antecedente que tímidamente se asomaba a la discusión era la hipótesis del doble vínculo como hipótesis explicativa de la etiología de la esquizofrenia. Pero la discusión tenía –aunque ese no fuese un propósito declarado de sus autores– un carácter más bien clínico que epistemológico. Se discutía sobre todo la relación entre doble vínculo y esquizofrenia y si el sistema preferido de análisis –la relación madre e hijo– era tan interactivo como supuestamente se preconizaba.

En definitiva, *Pragmatics* vino a ser una suerte de pregón a los cuatro vientos de los planteamientos desarrollados a lo largo de la década del 50 por Bateson y su equipo y por el MRI durante los años 60 respecto de las concomitancias clínicas de sus postulados. La notoriedad que alcanzó su aspecto más “clínico” (situación que parece no diferir mucho de lo que sucede actualmente) trajo como consecuencia el limitarse a una “explicación más del fenómeno de la esquizofrenia”. Pero las bases epistemológicas en que se basaba la hipótesis del doble vínculo y las proyecciones que tendría para la literatura especializada a posteriori no se

visualizaron en ese momento ni menos aún despertaron una discusión acorde con la heterodoxia sostenida. En este sentido no cabe sino reconocer la enorme importancia que tuvo la publicación de *Pragmatics* para dilucidar una serie de aspectos, no debidamente esclarecidos, en la descripción original de la hipótesis del doble vínculo.

Discusiones más, discusiones menos, creemos que el aporte de *Pragmatics* a la hipótesis puede centrarse en dos puntos: a) masificación del planteamiento como hipótesis explicativa del fenómeno de la esquizofrenia, y b) reformulación de la hipótesis misma, en el sentido de corregir ciertas confusiones referentes a su patogenicidad y ampliación de ciertos alcances no visualizados en la descripción original. En relación a la masificación, ella no es sino consecuencia directa del impacto que provocó el texto en la audiencia académica. Respecto del punto b) dividiremos primero el problema en la patogenicidad para luego examinar las ampliaciones del doble vínculo

Watzlawick *et al.* sostienen que el carácter duradero de los dobles vínculos hace posible que éstos se conviertan gradualmente en una expectativa habitual y lleguen a ser un patrón definido de interacción. Una vez que este patrón ha comenzado a actuar, carece de sentido preguntar cuándo, cómo y por qué se estableció, pues, tal como lo muestra la evidencia empírica, "los sistemas patológicos suelen exhibir una cualidad de tipo círculo vicioso, curiosamente autoperpetuadora" (p. 214). En vista de ello, el problema de la patogenicidad del doble vínculo no puede resolverse en términos de una relación causa-efecto a la manera del modelo médico tradicional. "Todo lo que puede decirse", destacan Watzlawick *et al.*, "es que cuando el doble vínculo se ha convertido en el patrón predominante de comunicación, y cuando la atención diagnóstica está limitada al individuo *manifiestamente* más perturbado, la conducta de este individuo satisface los criterios diagnósticos de la esquizofrenia. Sólo en este sentido puede considerarse el doble vínculo como agente causal y, por ende, patógeno" (p.195).

Respecto de la ampliación de la hipótesis, *Pragmatics* lo hace en dos direcciones: no restringe la aparición de dobles vínculos a la relación madre-hijo y agrega dos criterios más a los tres originalmente propuestos.

En *Pragmatics* se especifica claramente que el primer ingrediente de una situación de doble vínculo es la participación de dos o más personas cuya relación posee un gran valor para la supervivencia física y/o psicológica de una, varias o todas ellas. Sin embargo, lo más importante corresponde a las situaciones que pueden, eventualmente, caer

bajo esa descripción. *Pragmatics* es explícito en este punto: Situaciones en las que esas relaciones intensas "existen e incluyen pero no se limitan a la vida familiar (en particular la *interacción parento-filial*), también abarcan, entre otras, la situación de enfermedad, la dependencia material; el cautiverio; la amistad; el amor; la lealtad hacia un credo, una causa o una ideología; los contextos que están bajo la influencia de las normas sociales o la tradición y la situación psicoterapéutica" (p.193, cursivas nuestras). De esta manera, el ámbito de interacciones susceptibles de potenciar dobles vínculos es, cuantitativa y cualitativamente hablando, mucho más amplia que la relación originalmente propuesta.

Los dos criterios anexados apuntan a comprender de manera más amplia la situación de doble vínculo, sobre todo su devenir una vez que se ha instaurado. El primero sostiene que cuando el doble vínculo es duradero, se convertirá en una expectativa habitual y autónoma con respecto a la naturaleza de las relaciones humanas y el mundo en general, una expectativa que no requiere refuerzo ulterior. El segundo, por su parte, establece que la conducta paradójica impuesta por el doble vínculo es, a su vez, un doble vínculo, y lleva a un patrón de comunicación autoperpetuador. La conducta del comunicante más manifiestamente perturbado satisface los criterios clínicos de la esquizofrenia si se la examina en forma aislada. Nada de esto se dijo en la formulación original y nada de esto se dijo tampoco durante el tiempo que medió entre la primera formulación y la publicación de *Pragmatics*.

BIBLIOGRAFIA

- Bateson, G. (1951a). The conventions of communication: when the validity depends on beliefs. En Ruesch J. & Bateson, G., *Communication: the Social Matrix of Psychiatry*. N. York: Norton.
- Bateson, G. (1951b). Información y Codificación. En Ruesch, J. & Bateson, G. *Communication: the Social Matrix of Psychiatry*. N. York: Norton
- Bateson, G. (1952). A theory of play and fantasy. *A.P.A. Psychiatric Research Reports*. II.
- Bateson, G. (1972). *Steps to Ecology of Mind*. N. York: Ballantine Books.
- Bateson, G. (1979). *Mind and Nature: a necessary unity*. N. York: Dutton.
- Bateson, G., Jackson, D., Haley, J. & Weakland, J. (1956). Toward a theory of schizophrenia. *Behavioral Science*, 1, 251-264.
- Cortés, C. (1992). Comunicación: ajustando cuentas con D.K. Berlo. *Revista de Comunicación*, 3,2.
- Haley, J. (1958). An interactional explanation of hypnosis. *The American Journal of Clinical Hypnosis*, 1, 45-57.
- Haley, J. (1963). *Strategies of Psychotherapy*. N. York: Grune & Stratton.

- Leone, K. & Sieburg, E. (1981). Patterns of Interactional Confirmation and Disconfirmation. En Wilder-Mott, C. & Weakland, J. (Eds.), *Rigor and Imagination*. N. York: Praeger.
- Lipset, D. (1980). *Gregory Bateson: The Legacy of a Scientist*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- López, A., Parada, A. & Simonetti, F. (1991). *Introducción a la Psicología de la Comunicación*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Rogers, E. (1981). Symetry and Complementary: Evolution and Evaluation of an Idea. En C. Wilder-Mott y J. Weakland (Eds.), *Rigor and Imagination*. N. York: Praeger.
- Watzlawick, P. & Weakland, J. (Eds.) (1977). *The Interactional View: Studies at the Mental Research Institute, Palo Alto, 1965-1974*. N. York: Norton.
- Watzlawick, P., Beavin, J. & Jackson, D. (1967). *Pragmatics of Human Communication*. N. York: Norton.
- Watzlawick, P., Weakland, J. & Fish, R. (1974). *Change*. N. York: Norton.
- Wiener, N. (1948). *Cybernetics*. Cambridge: MIT Press.